
EL PROPAGADOR

de la

LIBERTAD.

El que escribe siembra.
El que lee recoge.

POLITICA.

JOVENES Y VIEJOS.

He aquí los dos bandos verdaderamente beligerantes: su guerra es esencial, por cuanto la constituyen dos elementos que están en diametral oposición. Los *viejos* son los representantes de unas doctrinas contrarias á las que representan los *jóvenes* y la combinación de los principios de entrambas partes es de todo punto imposible, á menos que se desee obtener un resultado monstruoso. Y antes de entrar en la demostración de estas proposiciones, bueno será que nos expliquemos con respeto á lo que entendemos por *viejos* y lo que por *jóvenes*; porque en los cavilosos días en que vivimos, es una condición vital la explicación del genuino significado de las palabras, para acallar la voz sofística de aquellos que malignamente adulteran la acepción de las voces, acomodándola á los principios de que se hicieron corifeos.

Son *viejos*, en nuestro concepto, 1º los que han cumplido treinta años. 2º los que, aun cuando no pasen de los veinte, profesan las doctrinas de siglos atrasados. Son *jó-*

venes 1.º los que no han cumplido todavía aquella edad. 2.º los que, aun cuando la sobrepasan, profesan las doctrinas del siglo XIX. Se vé de consiguiente que graduamos la vejez y juventud, mas que por la edad, por los principios profesados, y que puede ser *viejo* un imberbe, asi como *jóven* un hombre lleno de canas. Bajo este concepto, veamos si es cierto que la verdadera guerra actual es la que se hacen los *jóvenes* y los *viejos*.

Los principios que profesan los *viejos* pertenecen á siglos que han pasado; constituyen la doctrina de unos maestros que ya no existen y tienden á lograr un fin, á satisfacer unas necesidades de épocas que ya fueron. Los que los *jóvenes* adoptan son hijos del siglo actual; son fruto de las predicaciones de los apóstoles nuevos; y forman el carácter, la condicion de la época en que vivimos. La diferencia de tiempos, que en cualquier otro orden de cosas no formaria oposicion, la forma en el orden político: por cuanto acompaña la variacion de tiempos la de las formas sociales; y es innegable que estas son susceptibles de estar constituidas por elementos contrarios. Las instituciones del siglo XV ¿no son diametralmente opuestas á las que reclama el siglo XIX? Luego si los *viejos* están por los principios de siglos que pasaron, hacen la guerra á los *jóvenes* que profesan los del actual.

Que los *viejos* no marchan con el siglo nada mas fácil de probar. El siglo salta, si es lícito espresarse así, y se abre una nueva senda por la que se precipita la juventud, segura de que únicamente con esta práctica le será dado arribar á la tierra de promision que su Moisés le ha profetizado. Los *viejos* antes prefieren perecer en el lodazal del antiguo camino, que abandonar el carril por donde se arrastraron sus bisabuelos. He aquí la primera desavenencia y el oríjen de su guerra. Seducidos por el trascendental error de que los talentos y el saber estan en razon directa de la edad, antes acatan un despropósito proferido,

con la gravedad de un laureado, por un doctor lleno de canas, que la mejor sentencia de un imberbe, dicha con toda la desnudez y entusiasmo de la edad juvenil. Aférranse en lo que dijeron sus maestros porque ven en los liceos sus bustos agoviados bajo el enorme peso de su peluca empolvada; y con una risita falsa pugnan por no prestarse á las doctrinas, que no saben rebatir, vertidas por los que ellos llaman *cabezas acaloradas*. Y la lucha comienza á tomar un aspecto sério.

Hombres de un siglo que pasó; pergaminos en que se escribieron algunas ideas y órganos de las antiguas necesidades, creen que la sociedad es inmutable como Dios, que ellos lo alcanzaron todo, y que por fin son los únicos intérpretes de la voluntad del pueblo; los sacerdotes de su ley, y las columnas de fuego que han de guiar con su luz á los buenos y cegar á los malos con su humo. Y abundando en estas ideas; llenan todos los destinos sociales de hombres viejos; de hombres de carril; proscribiendo enteramente á la juventud que destinan para diezmarla en las guerras, inutilizarla en los sufrimientos y humillarla con los desprecios mas crueles. Y aquí la guerra está ya encarnizada.

La juventud, pues, no teniendo su corazón cubierto de aquella costra callosa que embota la sensibilidad de los viejos, siente mas y con mayor viveza, y por lo mismo necesita mas de lo que aquellos le conceden. Sabe además, porque el catecismo del siglo XIX se lo ha enseñado, que el hombre no debe ser patrimonio del hombre, y que el pacto social no se celebró para que unos pocos insolentes colonicen á los demas y, á la manera de los que ultrajan á la *Humanidad* en los páramos de la América, se enriquezcan á costa de los sudores de la masa proletaria para entregarse á los brazos de una corrompida ramera, ó á los azares del juego desolador. Y, viendo que los hombres viejos se apoderan de la dirección de los destinos para per-

petuar los abusos que deploran, pugnan por emanciparse de su yugo. A la manera que el pueblo Hebreo abandonara el Egipto para volar á la formacion de un pueblo libre, los jóvenes se han dado la consigna, han levantado una bandera y sacudiendo la férula de esos faraones que, porque los temen, los fatigan y los diezman, han reducido todos sus conatos á destruir esa sociedad decrepita que los infesta con sus hálitos hediondos, y reconstruir sobre sus escombros otra sociedad mas pura, mas hermosa y mas humana. Y la guerra es atroz.

Mas como cada campanada funeral que anuncia la muerte de un anciano, como cada vajido que resuena en torno de la pila bautismal, es un grito de victoria que dá la joven sociedad, levantándose á la manera de la figura gigantesca del Querubin, los hombres viejos han previsto su ruina, y para suplir la falta de las levadas que ya no pueden realizar para cubrir las plazas de sus desertores y perdidos, se han reunido en sus conciliábulo y han resuelto en complot una transaccion que les conserve al menos algunas fuerzas con que hostilizarnos secretamente y minar la tierra donde levantemos el edificio nuevo. Y entonces es cuando el combate se ha empeñado de tal suerte que no hay tregua ni cuartel. Y en esto conocerán nuestros lectores que los elementos de esta guerra están en oposicion diametral. Los *viejos* pugnan por conservar, ya que no todo, mucha parte del vetusto edificio, mas los jóvenes tienden á destruirle completamente para levantar sobre sus ruinas otro enteramente nuevo. La sociedad naciente rehusa ser rejida por unas formas que fundaron legisladores bárbaros para sus bárbaros pueblos. Todo lo ecsije nuevo porque en ella todo lo es, y lo ecsije con tanta mas razon, cuando tiene derecho para pedirlo y se siente con fuerzas para lograrlo.

Y no hay que hacerse ilusiones: los *jóvenes* y los *viejos* no pueden transijir porque estos principios son elementos

contrarios que se repelen mutuamente, y la existencia del uno no se puede conseguir sin la destrucción del otro. Mazzini, ese nuevo apóstol ó por mejor decir, nuevo Mesías predica por los pueblos de la Suiza la palabra inmortal que predicaba el Nazareno por las de la Judea. Es el fundador de la sociedad naciente; el patriarca que los jueces escuchaban con la boca abierta y la frente despejada y sus escritos son las tablas en que leen los preceptos del decálogo moderno los que caminan hácia la tierra prometida. Tienen algun punto de contacto sus doctrinas con las de los doctores de las leyes góticas, las de los escribas y fariseos que se empeñan en catequizar votos para sus muy altos, muy graciosos y muy benéficos señores? ¿Se puede esperar jamás una transacción del inmortal autor de la iniciativa revolucionaria con el autócrata de las Rusias? *La humanidad y la barbarie* no pueden firmar ningun pacto de alianza, ningun convenio, ninguna transacción: y los *viejos* forman todavía bajo las banderas de la *barbarie*; al paso que los *jóvenes* enarbolan el estandarte de la *Humanidad*.

Su guerra, pues, es esencial y es una guerra que no admite tregua ni cuartel. Y por eso los *jóvenes* son tan atrozmente perseguidos. No bien organizadas todavía sus filas, no pueden triunfar aun sobre las fuerzas materiales que los oponen los *viejos*: y tal vez unos espiran en los cadalsos, y otros jimen en las mazmorras, estos yerran pensativos en lejanas tierras y aquellos llevan por las suyas la fea marca que imprimió en sus frentes la calumnia. Con las palabras de *orden, legalidad, moderacion* en la boca sofocan el espíritu público; del entusiasmo santo de los *jóvenes* que sienten en su interior hervir un jermen, un principio que ha de dominar la tierra. Echan mano de los *jóvenes* para las empresas arriesgadas, y cuando el éxito es feliz los retiran sin darles siquiera las gracias, repartiéndose el botin de los empleos: si el éxito es malo; se apresuran á desalmacenar bigas y tablas, por si acaso faltan para la construcción de

los patíbulos. Y cuando los hombres viejos estan sentados en las sillas del poder se preguntan unos á otros ¿Quién nos ha colocado aquí? Quien tuvo arrojo para derrocar á nuestros antecesores?... Y sus miradas siniestras caen sobre aquellos jóvenes que en los pronunciamientos mostraron mas entusiasmo, mas osadía; les estienden el diploma fatal de *anarquistas* y si con una escolta no los arrancan á la una de la noche de sus lechos, para encerrarlos en un calabozo, embarcarlos ó ajusticiarlos, juzgados cuando mas por el injusto tribunal de una comision militar; sembrando cédulas calumniantes por las calles y plazas públicas hacen que el pueblo sancione su *ostracistico* destierro del circulo político. He aqui la verdadera, la única guerra que se hace actualmente no solo en España, sino en Europa entera. Si los *viejos* fuesen superiores en fuerzas á los *jóvenes* ó estos á aquellos, Carlos se veria abandonado de los suyos y Cristina no tendria que levantar ejércitos para atacarle. Siendo empero, dos partes beligerantes que luchan á poca diferencia con iguales fuerzas; la guerra de Navarra durará porque depende de la que se hacen los jóvenes y los viejos en el seno de los pueblos grandes, y esta no se puede concluir con protocolos, por que para ella no hay *altas potencias contratantes* que la puedan arreglar á su sabor.

P. Mata.

BIOGRAFIA.

LAFAYETTE.

ARTÍCULO 1º

traduccion del frances.

Lafayette (M. P. J. R. Y.) Guilbert-Motier, nació en Chavaignac en Auvernia el 6 de setiembre de 1757. A

nadie debió todos sus ascensos mas que á si mismo. Perdió á sus padres en su mas tierna edad. Casó á los 16 años con Mlle. de Noailles hija del duque de Agen y este matrimonio le abrió las puertas de palacio. Lafayette estaba dominado por los sentimientos de un hombre libre: la libertad era su ídolo, y á ella sola consagró su vida entera.

Estalló la insurreccion Americana, que ejercia poderosa influencia en los destinos del mundo. Lafayette, conoció sus consecuencias, y se lanzó al nuevo continente con la conviccion y entusiasmo de la juventud. Abandonó la Francia y llegó á Charles-Town en 1777. el congreso le confirió el grado de mayor-jeneral, y bien pronto el jóven soldado de la libertad, mostró que era digno de tan gran confianza. Lafayette fué herido gravemente en la primera batalla, ascendió á Comandante de division y poco despues fué nombrado Comandante en jefe, pero subordinado á las órdenes de Washington: desde entonces, grabó en su corazon la union íntima del orden y de la libertad, que ha resistido á todas las tempestades políticas. Lafayette, hizo importantes servicios á los Americanos, y dió ejemplos brillantes de valor, en Mons-mouth, Rhod-Island, y en York-Town.

Vuelto á Francia en 1781, Lafayette, algun tiempo despues visitó el pais, que habia sido testigo de sus primeros triunfos: fué recibido con aplauso jeneral y pronunció en medio de los representantes americanos estas palabras. » La prosperidad y la dicha de los Estados-Unidos atestiguan las ventajas de su gobierno. Pueda este templo, que acabamos de fundar en honor de la libertad, servir de leccion á los opresores, ser un ejemplo para los oprimidos, un refugio para el jénero humano, y un objeto de felicidad, para sus ilustres fundadores ».

Despues hizo un viaje corto por Alemania y en poco tiempo recojió, como en los Estados-Unidos, los testimonios mas ardientes de la simpatía y admiracion de los pue-

blos. Lafayette volvió á Francia, en cuyo seno debía concluir su larga y patriótica carrera.

Miembro de la asamblea de notables en 1787, denunció los abusos, y propuso las reformas mas necesarias. Dos años despues era Diputado en los Estados-jenerales. Sus primeras actas fueron las que se debian esperar de su patriotismo ilustrado. Apoyó la mocion de Mirabeau para alejar las tropas y consiguió se adoptase. El 11 de julio de 1789 propuso la inmortal declaracion de derechos, que la asamblea constituyente mas adelante sancionó.

En una época para siempre memorable, en los dias 13 y 14 de julio de 1789, Lafayette como vice-presidente de la asamblea, presidió en las noches de estos dias: entonces hizo decretar la responsabilidad de los consejeros de la Corona. Proclamado Comandante jeneral de la guardia popular, á la cual dió el nombre de guardia nacional, hizo publicar la órden de destruir la Bastilla. En la primera alborada de la revolucion de 1789, la vida de Lafayette aparecia como una santa mision de libertad y de humanidad.

El 5 y 6 de octubre, demostró mucha enerjía no solo por la causa real sino tambien por la popular: estas dos estában identificadas con su modo de pensar.

Desde luego conquistó la noble popularidad que realizaba su nombre. Esta popularidad brilló con todo esplendor en el campo de los federados el 14 de julio de 1790. Las diputaciones provinciales le dirijiéron esta tierna despedida. « Los Diputados de las guardias nacionales francesas, se retiran con el disgusto de no poderos nombrar su jefe. Respetan la ley constitucional que detiene los impulsos de sus corazones, y lo que os colmará para siempre de gloria, es que vos mismo habeis puesto límites á nuestro reconocimiento. » Lafayette se retiró á Auvernia para disfrutar algunos dias de reposo; pero bien pronto fué llamado para mandar un cuerpo de ejército, destinado á arrojar al enemigo de las fronteras.

Obligado por las amenazas de proscripción, á separarse del ejército, cayó con Latour-Maubourg, A. Lameth, y Passy, en poder de los Austriacos. Su prision era una violacion del derecho de jentes. Precisados á cumplir con su voluntad despótica hicieron una profesion de fe, que los separó de los emigrados: nunca tuvieron que echarse en cara haber sacrificado por miras egoistas la tranquilidad é independencia de su patria.

Encerrado en la prision de Wesel, Lafayette estuvo gravemente enfermo. Comprendió á cuanto llegan las bajas de las Cortes, cuando se le propuso aliviar los hierros de su cautiverio, si convenia en hacer traicion á la Francia. El Rey de Prusia habia hecho esta proscripcion. Luego nunca habia este oido hablar de Lafayette?

Trasladado de la prision de Wesel, á los húmedos subterranos de Magdeburgo, y de las prisiones de Glatz y de Neiss, vió cerrarse las puertas del calabozo en Olmutz.

Allí tuvo que luchar contra todos los padecimientos que inventó un jenio vengativo.

Los Estados Unidos, elevaron sus ruegos: El Austria puso su mano en el corazon del prisionero, para contar sus latidos. Esperaba solo el deseado momento, en que el dolor acabase su noble vida. Vióse burlada su esperanza y los hierros de Lafayette fueron rotos por la espada victoriosa del conquistador de Italia.

Lafayette llegó á Paris despues del 18 del brumario. No habia previsto que Bonaparte quitaria la libertad de Francia, con las mismas bayonetas que lo habian hecho dueño de la sala de los *quinientos*: pero cuando el vió al hombre de los siglos, reemplazar á los ciudadanos con soldados, y el entusiasmo de la libertad con el entusiasmo de la victoria, se separó de su lado.

Bonaparte le ofreció un lugar en el senado. Lafayette reusó tan brillante esclavitud. Cuando el vencedor de Marengo, quiso por el consulado, empezar á ser Empera-

dor, Lafayette dijo á la Francia, « No puedo votar por tal Magistratura, hasta que la libertad nacional esté publicada, y suficientemente garantida: entonces daré mi voto á Napoleon Bonaparte.»

El imperio se acercaba rodeado de prestigio y de mentiras. La patria enmudecía bajo el hacha de un solo hombre. Lafayette dejó á los cortesanos de Brienne seguir el rastro de sangre que el jenio militar dejaba en toda Europa. El que habia combatido la tiranía de privilegios y de arbitrariedades no queria someterse á la tiranía de una espada.

LITERATURA.

UNA BUENA ESPECULACION.

I.

Pues señor, estamos de acuerdo, dijo el librero, embozándose en su capa de rico sedan, guarnecida de pieles de chinchilla; — una sátira que haga reventar de risa á todo Madrid; — sin piedad, y duro á todo el ministerio.— Con la gracia que sé yo que tiene V., es cosa que se venderá como pan bendito.— Caballero, he tenido mucha satisfaccion en conocer á V.... en cuanto al precio ya esta dicho: — veinte duros sobre la marcha.— Estamos?

— Corriente.

— Beso á V. la mano.— Ah! se me olvidaba! que no pase de pliego y medio de impresion.— Cinco mil ejemplares, á 2 reales — son?... eso es.— Lo dicho, dicho, pliego y medio — y sobre todo que haga reir.— Repito.

— Gusta V. que le alumbre?

— Si... este demonio de escalera! — Todos los grandes hombres han empezado asi... Cervantes... el Taso.... la alegría habita en las bohardillas. — Rendido estoy de haber

subido estos cinco pisos.— Se me olvidaba — ¡Si tengo la cabeza hecha un bombo con esta desgracia! — Mañana á las ocho en punto estaré aqui sin falta á recojer el manuscrito y á traer la suma. — Tengo antes que leérselo á ***... que está á un paso.... con que vendré yo mismo.— A las doce se reune el Estamento, — á las ocho y media ha de entrar en prensa — que no falte por Dios.—

Esto decia el librero F.... bajando con precaucion la escalera, precedido de Alfredo que le alumbraba.

— Ah! gracias á Dios! añadió bajado el último tramo.— No se moleste V. en ir mas adelante.— Con que el manuscrito á las ocho, y veinte duros sobre la marcha.— Beso á V. la mano.

Si á lo menos se hubiera atrevido Alfredo á pedirle algo á cuenta de aquella suma! Pero un sentimiento de orgullo le impidió hacerlo; aquel dinero no le pertenecia hasta las ocho de la mañana siguiente. Además, no conocia á aquel hombre! — Recurrir á él, no hubiera sido pedirle un beneficio, sino una limosna.

— Beso á V. la mano, respondió Alfredo.

Subió el mancebo en cuatro brincos la empinada escalera, y abrió con precipitacion la puerta que separaba las dos únicas piezas de que se componia su vivienda.

— Luisa! Luisa mia! exclamó, alégrate! era un librero que venia á encargarme un trabajo para mañana temprano.— Mañana seremos ricos!.... veinte duros!....

— Mañana! respondió una voz doliente.

Y en tanto un rayo de alegría brilló en la frente pálida de la pobre niña, y sacando con trabajo de entre los pliegues de las sábanas su mano trasparente, apretó con ternura la mano de Alfredo.

— Cómo te sientes ahora? la dijo.

— Mejor.... me siento mejor.

— Estás bien abrigada? — esta noche hace un frio horroso!....

—Sí, sí.... estoy bien; pero tú! con este frío que hace y estás así!....

En efecto Alfredo había amontonado sobre el lecho de la enferma su capa, su chaleco y hasta su único frac.— Aquella estancia presentaba el cuadro completo de la indigencia, pero de una indigencia decorosa; no había allí más que lo estrictamente necesario.

En aquel momento, una tos seca y ronca, hizo rechinar el pecho de la enferma.

— Oh! siempre esa tos! cada vez que te oigo toser así, me estremezco.... una cucharada de este jarabe que ha mandado el médico....

Cojió la botella que estaba junto á la cama— la botella estaba vacía.

— Se acabó!.... Dios mio!....

— Mañana, Alfredo, mañana seremos ricos.

— Sí, mañana! — pero hoy!!... Y el médico ha dicho que si no tomas esa bebida cuando te dá la tos.... Oh! Dios mio! Dios mio!—Luego añadió, como hablando consigo mismo: Ningun recurso! Eduardo salió esta mañana para Sevilla.... Ya todo lo he vendido... hasta la sortija que me dió mi madre al morir!... Oh! Dios mio!

Y el infeliz se cubria el rostro con ambas manos.

— Todo por mí, Alfredo!.... Mi larga enfermedad ha agotado tus recursos....

— Calla, calla!

— Por mí, ni aun quiere responderte tu padre; yo te he hecho infeliz... Alfredo me perdonas?

— Luisa, tus palabras me desgarran el corazón. Tú eres la que debes perdonarme, tú que eras feliz y que lo has perdido todo por mí, por unir la suerte á la fatalidad que me persigue.

— No hablemos más de eso. — Vamos, ponte á trabajar, aquí, junto á mí— No sé que presentimiento me dice que esa obra te va á dar mucha fama, — que va á me-

jerar nuestra suerte.... Además, me siento mej....

No pudo proseguir; la misma tos de antes, cascada, seca, vino á desgarrar el alma de Alfredo.

— Luísa, Luisa! exclamó lanzando un quejido doloroso.— Y ya no queda ni una gota de ese calmante que encargó el médico!.... que hacer? — no tengo á quien recurrir.... Oh! esto es volverse loco.

— Mañana, Alfredo, mañana!....

— Y si entre tanto!.... oh no, no, eso no puede ser; es imposible esperar hasta mañana. — Mira, ahora me ocurre una idea: ese librero no tendrá inconveniente en adelantarme algo á cuenta de lo que me ha de dar mañana.— Es una humillacion — pero ¿qué importa? iré á verle ahora mismo....

— Sí, sí—eso es lo mejor.... está muy cerca—Luisa mia!— voy á dejarte por un momento — no tardaré....

— Te vas y con este frio!

— No hay remedio. Si te vuelve la tos, luego será ya tarde para comprar este jarabe. — Vida mia; no puedo perder un momento... ese hombre tendrá compasion de mí.— No tardaré nada.... Dios no querrá que te pongas peor mientras esté yo fuera.

— No te vayas! mira.... te aseguro que me siento mejor.— No te vayas — ponte á trabajar.

— Trabajar mientras te veo sufrir! pensar en cosas alegres cuando tus dolores me despedazan el alma!

— Te aseguro que me encuentro mejor — ¿no es verdad que mañana tendremos dinero?

Alfredo quedó pensativo, indeciso.

— Tienes razon — mañana con el producto de mi trabajo, compraremos todos los remedios necesarios. — Voy á trabajar — voy á hacer por alegrarme.

Serian las nueve de la noche, una noche de enero, fria y lluviosa. Acercó Alfredo á la cama una mesita, puso una luz sobre ella, sentóse á la cabecera de la enferma, cojió una pluma y empezó á escribir.

Luisa parecía algo aliviada; la pobre niña se violentaba para no toser.

A cada instante la miraba Alfredo; vióla al parecer mas serena.... cobró algun aliento y escribió la primera estrofa.

— Pues no está mal! dijo despues de haberla leído.— Luisa, Luisa! Ya he escrito la primera estrofa. Escucha:—

.....
— Tiene gracia! dijo Luisa haciendo un violento esfuerzo para no toser, porque en efecto sufría atrocemente.

Como casi siempre sucede, aquellas primeras líneas le pusieron en vena.— Escribió otra estrofa y luego otra; y cada vez estaba mas contento de su trabajo, tanto mas cuanto Luisa no daba señal de sufrir. Ni siquiera advertia Alfredo el frio y húmedo relente que penetraba por las rendijas de la puerta y de la ventana.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo Luisita contener por mas tiempo la tos; tanto se habia violentado, que aquella vez, al retirar el pañuelo que habia acercado á la boca, le sacó lleno de sangre.

El grito que dió Alfredo en aquel momento, hubiera quebrantado un corazon de piedra; en seguida echó á llorar amargamente, sollozando como un niño.

— Esa bebida me haria bien! dijo Luisa, y el vivo dolor de su pecho enfermo la arrancó algunas lágrimas, que ella se apresuró á enjugar sonriendo.

— Voy á traértela!.... no hay remedio,— Luisa no te aflijas por Dios.... vuelvo al instante.

— Sí; vé, vé! dijo con voz apenas inteligible, vé.... La infeliz necesitaba llorar, y no queria que lo viera su marido.

Alfredo se puso el frac y salió de la estancia como un insensato.

II.

Media hora despues volvió Alfredo, chorreando agua de

la lluvia que habia caido sobre él, los ojos desencajados, los cabellos casi blancos; Luisa se estremeció profundamente al verle de aquella manera.—Miróla él de hito en hito, con una espresion de amargura infinita, y luego se dejó caer sobre el lecho, desesperado, loco;— la pobre enferma conoció que era necesario esperar hasta el dia siguiente el único calmante que podia aplacar sus acerbos dolores.

—Cómo ha de ser! exclamó resignada.

—Sí— todo ha sido inútil! Súplicas, lágrimas, desesperacion, nada ha podido conmover aquella alma de estopa.— Me he humillado como un perro.... nada! Se lo he declarado todo;— le he dicho que era para salvar á mi esposa, á una niña de diez y seis años, á un ángel.... nada! Le he maldecido, — he pedido á Dios que haga morir delante de él al sér que mas ama en este mundo.... nada; nada!!.. Oh! Luisa, Luisa! esto es morir condenado

—Pobre Alfredo! —anímate, el cielo se compadecerá de nosotros.—Desde que te fuiste, no te puedes imaginar cuanto me ha calmado la tos.— Me siento tan bien, que creo que voy á dormir un poco.

—Oh! si pudieras dormir! si yo pudiera lograrlo á costa de mi vida!....

—Sí.... siéntate aquí á escribir para que mañana tengamos dinero.—Mira.... me parece que voy á descansar.

En efecto, no tardó en cerrar los ojos, quedando en una especie de sueño ó letargo parecido á la muerte; la desdichada se hallaba en aquel grado de dolencia, en que no sufrir mucho es gran mejoría. De vez en cuando se la oía respirar....

— Esta es acaso su última noche, dijo Alfredo mirándola con ojos mates como vidrio;— si ella muere, yo moriré tambien.— Voy á cumplir mi último deber de hijo.... mi padre lo sabrá todo.—

Cojió un pliego de papel de cartas y empezó á escribir.—

« »

.....” Vivía en uno de los barrios mas retirados de Madrid, con una anciana que la servía de aya. Luisa no conocía sus padres; yo creo y ella cree tambien, que es hija de algun personaje á quien intereses de familia obligan á no reconocerla públicamente. Por lo demas, seguramente es hija de persona rica, pues Luisa hasta la época fatal para ella, en que unió su suerte á la mia, vivió en la abundancia, aunque sin ver nunca al autor de sus dias, al menos bajo este título. Yo la conocí y la amé con delirio; V. se obstinó en no darme su consentimiento para esta enlace,— ella me amaba, y fué mi esposa. Nadie lo supo, ni mis mas íntimos amigos, ni aun el aya que habia servido de madre á mi amada; ambos temíamos que el descubrimiento de los padres de Luisa, pusiese algun obstáculo á nuestra felicidad.— Al cabo de tres meses cayó Luisa peligrosamente enferma; fué preciso venderlo todo, y sin embargo, llegó un momento en que ni aun teníamos para comprar los remedios indispensables.... Qué horror!!.... Fuí á casa del librero; le pedí adelantado lo que quisiera darme — para salvar á mi esposa. — Dijo: «que no me conocia,— que no tenia costumbre de hacerlo,— que habia llevado muchos chascos”; — en fin, no quiso.— Atroz egoismo! Solo el recuerdo de mi pobre Luisa me impidió cometer un crimen,— Era una cosa horrible, padre mio; aquel hombre opulento, anciano ya, debia comprender las miserias de la vida, y sin embargo, frio á las súplicas de un alma desesperada, inmóvil, apoyado en su rico bufete. Oh! tuve que salir porque ya no bastaba á contenerme el recuerdo de mi Luisa.— Pero antes, no pudiendo vengarme de otro modo, quise echarle mi maldicion, á él y á la cosa que mas él ama en este mundo! — Entonces, tuvo un momento de horrible ansiedad; mi maldicion produjo en él un efecto extraordinario... Le ví conmovido, pálido.... Sus lábios se abrieron con un movimiento convulsivo, y en ellos vagaron algunas palabras incoherentes...

« Mi hija !... mi pobre hija! — un hombre desesperado!... lo que mas amo en este mundo.... ella !... » — Oh! yo no puedo decir lo que pasó entonces en mi corazón! — Ví una lágrima en sus ojos.... Sacó la llave del bolsillo para abrir la gabeta, y.... el interés venció por fin !.... — Volvió á guardarse la llave, y á repetir aquellas palabras malditas... « no me conocia, — habia llevado muchos chascos.... »

« Ahora escribo á V. junto á su lecho de muerte, — Adios! — Cuando lea V. estas líneas, ya no existirá su hijo *Alfredo.* »

Cerró su carta con la calma de la desesperacion; volvió á leer las primeras estrofas, y sonrió amargamente.

— Tienen gracia! dijo; precisamente han de hacer reir mucho !....

Y volvió á escribir con nuevo fervor. Estrellábanse en su cabeza los pensamientos horribles, palpitantes, infernales: alegres con la alegría de los demonios... una sátira como la hubiera escrito Byron.

A veces se interrumpia para mirar á Luisa.

— Duerme, duerme, decia; ese sueño te aliviará !....

Empezaba ya á despuntar el dia, muy á tiempo por cierto, pues casi en el mismo instante se consumió el aceite de la lámpara que alumbraba al poeta; la escasa luz se apagó como un enfermo que exhala el último suspiro.

A la cenicienta claridad de una mañana de invierno siguió escribiendo Alfredo, cada vez mas animado; el viento que silbaba en la estrecha calle, agitaba su alma como una inspiracion sobrenatural.

— Ya se acerca la hora, y no me faltan mas que algunos versos...! — Bien! bien!

Llamaron entonces á la puerta; era el librero que venia á recojer el manuscrito.

— Un momento, — me faltan dos versos.... dijo Alfredo recibéndole en la pieza inmediata.

— Entre tanto voy á contar el dinero; — pero despache-

mos por Dios.— Los cajistas estan perdiendo tiempo y me cuestan....

— Ya está.— Tome V.

En aquel momento salió un débil suspiro del lecho de la enferma.

— Luisa! exclamó Alfredo volando á ella frenético de alegría.— Ya somos ricos! ya somos felices!

Cojióla una mano.... aquella mano estaba fria.... su razon habia cesado de latir-...

Ya estaba muerta !!

III.

Al grito que dió Alfredo, entró el librero despavorido en el cuarto de la enferma.

— Mi hija! exclamó.— Horror! horror!....

Era en efecto su hija natural, el fruto de una pasion desgraciada, la cosa que mas amaba en este mundo.— La maldicion del poeta habia caido sobre él.

El librero hizo una *buená especulacion*; vendió los cinco mil ejemplares de la sátira contra el ministerio, y el manuscrito le salió de valde. *E. de O.*

ROSALIA.

..... En medio de un camino se habian parado dos hombres y el camino era desierto, como la vereda tortuosa que conduce á la cabaña desmoronada del anacoreta de Oriente. El mas anciano estaba sentado en el suelo, añudando el cordon de su alpargata de esparto que se le acababa de romper. El otro heria con una mala navaja una piedra gastada, para aprovechar la miserable punta de cigarro que habia recogido en la escalera de un señor. Se sentó tambien, no en el polvo, como su camarada, sino en un ban-

co de madera pintado de negro y este banco era un ataúd.....

— Me parece que estas de mal humor, Bernardo, dijo el del cigarro al de las alpargatas.

— Y á la verdad no te engañas... estoy triste! muy triste! me devora un no se qué.... te confieso que quisiera morir....

— Morir! que boberia! sino fuese mas que para algunos años, vaya con Dios: de una vez me moriria de buena gana; mas eso de que haya de ser para siempre... no, no... para siempre! maldito el atractivo que tiene este *para siempre*.

— Hoy hace siete meses!

— Y que?

— Que nada sé de ella.

— De quien? acaba.

— De mi pobre Rosalia, de la hija de mis entrañas.

— Ola! teniais una hija?

— Tanto... que no la hubiese tenido! habia cumplido diez y seis años, y era tan hermosa... lo era mas que su madre....

— Cáspita!

— Tu conociste á mi muger!

— Toma! pues no... y quien la convidaba á todos los bailes..... pero no hablemos de eso.... que le ha sucedido á tu hija?

— Rosalia tuvo la desgracia de encender los deseos de un rico comerciante que ha parecido mi protector; de uno de esos hombres tan apreciados, como despreciables, que porque nos arrojan un bocado de pan negro para acallar el hambre de nuestros hijos, pueden sepultarnos en un calabozo, y tal vez..... hacernos espirar en un cadalzo. Era rico y por eso tenia influencia, y quizas por eso era un Neron. Un dia vino á mí, ignoro con que pretesto: me protestó con una ceremonia siniestra que deseaba hacerme feliz y

para confirmar sus alardes de proteccion puso en mis manos un bolsillo.....

— Cáspita !

— Y pesaba mucho. Atónito, no acertaba á dar las gracias á mi protector ; era iucomprensible para mí cuanto me acontecia y te lo confieso , llegué á dudar de su sinceridad. Soy tan desconfiado ! tanto ! ; como pudiera dejar de serlo un infeliz ! : Tu eres pobre , me decia á mis solas, ¿que puede esperar de tí un rico ? ; ¿Cuando da un rico sin usura ? ; ¿porque , pues , se te declara este tu protector ? Como tuviese buen corazon.... En esto esparcí mis ojos rápidamente sobre cuanto me rodeaba y ¡ay de mí ! entre mis ocho hijuelos ví á Rosalía , á mi Rosalía , cuyo semblante encendido como una granada , revelaba la impresion de rubor que en ella produjera la frecuencia y espresion con que la devoraban los ojos de mi astuto protector.

Desde aquel dia sus visitas fueron frecuentes ; regaló un vestido á cada uno de mis hijos , y si yo lo hubiese consentido , bien se habria presentado Rosalía á guisa de una gran Señora..... ¡cuan desgraciado soy ! Obligado á conducir cadáveres al cementerio todos los dias, consumia la mayor parte de sus horas ahuecando huesas para los finados y mi protector empezó entonces á confirmarme que sus favores ecsijian alguna recompensa. Lo creerás ? ni siquiera tuvo la delicadeza de no visitar á mi hija cuando yo no estaba en mi casa : y esta hija no era la primera en decirme « el señor ha venido » antes lo sabia por alguno de mis hijos, ó mas bien por algun nuevo juguete con que los sorprendia hechizados ; ¡Cuan á menos echaba entonces á mi buena muger !

Al fin se atrevió á pedirme que se la cediese para camarera de su señora. Tentado estuve á degollarla, porque... y un no se qué se apoderó de mí que sin saber lo que hacia pronuncié mi fatal consentimiento. Mi hija rebosaba de alegria ; deslumbrada con su nuevo destino , cuando se

despidió de mí no derramó siquiera una lágrima: yo la derramé, amigo, y muy amarga, mientras le recordaba mis máximas de religion y honor..... las protestas que me hizo con todo el candor de un alma angélica me garantizaron su virtud.

Mi hija venia á visitarme todos los domingos; cada vez que la veia me ruborizaba, porque nada se desprendia de su fausto que fuese compatible con la hija de un pobre sepulturero. Pero la candidez con que me referia su fortuna, disipaba momentaneamente mis sospechas..... los pobres nos alucinamos tan pronto!

Trascurrió un mes y vino á despedirse de mí! debia pasar el verano con sus amos en una casa de campo. Desde entonces no la he vuelto á ver.... siete meses sin saber nada de ella! A medida que el tiempo corre, se redobra mi ansiedad y hoy no sé porque me siento mas que nunca contristado: me parece que á mi hija le está sucediendo alguna catástrofe horrible.....

Lo que contestó su compañero fué poco y de poco interes. Levantáronse, cojieron los brazos de las andas donde descansaba el ataúd y prosiguieron su camino, dirigiéndose á paso lento al cementerio....

Un simple espejo, una vana lisonja de sus adoradores hicieron concebir á Rosalía un alta idea de sí misma. Su humilde condicion la atormentaba, al ver que para admirar su hermosura se paraban delante de su puerta hasta aquellos que ostentan en la suya, labrados en piedra, los escudos de sus abuelos. Sacrificaba todo el dia á su labor y viendo que esto no era aun suficiente para procurarse atavios tan ricos, como los de sus compañeras, una secreta envidia la roia y la hacia suspirar por una suerte mas dichosa: ¡Cuan tumultosa fué su alegria, cuando el protector de su padre le regaló dos cortes de indiana francesa, cuatro pañuelos de seda, dos pares de zapatos de tafetan y unos pendientes de esmeralda! Embriagada de placer, se entregó esclusivamen-

te á su labor, para rivalizar con sus amigas en la fiesta inmediata. Mil veces estendia sobre su cama las indianas, las miraba, las volvia á mirar: luego ensayaba que pañuelo correspondia mejor á cada una de ellas: luego se retiraba algunos pasos, y contemplaba el conjunto de sus vestidos, saboreándose con el efecto que producirian al estrenarlas. Oia algunos pasos, temia la llegada de su padre, lo recojia todo con precipitacion, lo encerraba en los cajones de su cómoda.

Para ella no habia hombre mas amable que el que satisfacía su vanidad, y la gratitud que por él sentia era ya algo mas que gratitud. Hablando con él á solas, experimentaba aquel secreto placer, preludio del amor, que hace ver un no sé qué en un objeto que no se advierte en los demas. Cuando fué elejida por su camarera, sintió una alegría que tenia muchos puntos de contacto con la que experimentan las jóvenes que van á mudar de estado, y la deslumbrante idea de que iba á representar algo mas que la hija de un sepulturero, sofocó el grito filial que le advertia sus deberes.

Querida de sus amos y cada dia mas engreida con su fortuna, á pesar de los títulos que su buena ama tenia á su cariño, nuestra ambiciosa joven paladeaba á sus solas la idea de que su pobre señora seria en breve otro de los despojos que necesitaba su padre para vivir. A la luz de las hachas amarillas que debian alumbrar el túmulo de su señora, el prisma de sus ilusiones le hacia divisar al sacerdote destinado á enlazarla al pié de los altares con el jeneroso viudo.

Una casa de campo, á donde partió con sus señores, le prodigó ocasiones harto favorables para entregarse ciegamente á sus delirios. Su ama se acercaba al sepulcro; allí la acompañaba una tisis consumidora, y el lenguaje de su señor parecia avivarse con la agonía de su esposa. La fiebre se habia apoderado de los dos consortes: ella sentia la fiebre de la muerte; él la fiebre del amor....

Era una noche de julio ; el calor de la atmósfera insostenible. Rosalía no pudo conciliar el sueño : mil veces asomó la cabeza á la ventana de su cuarto. El astro de la noche blanqueaba el ambiente adormecido y reflejada en la camisa de la bella camarera , descubria los contornos de su garganta, la tornátil estructura de sus hombros y la graduada elevacion de dos globos iguales , cuyo albor pálido contrastaba con la negrura de su cabellera , que , ahora flotaba, ahora reposaba sobre sus espaldas. Era como la penitente de Samaria ; como la arrepentida Magdalena, espiando en la soledad sus pasados desvíos.

Los ojos rasgados de la vírjen se clavaron en el disco del planeta ; no sé que influjo misterioso , alarmante , romántico le parecia desprenderse de sus manchas. Sus pensamientos embellecidos por el amor eran tiernos como la primera pasion , melancólicos como la mirada de la vírjen que acompaña el último adios del amor ; como la del cautivo que presencia encadenado el rescate de su único compañero ; como la de una madre que no tenia mas que un hijo y le llora sobre su tumba....

Arrobada, ciega de frenesí, hubiese dado la mitad de su existencia para abrasar en el fuego de sus lábios la frente fruncida de un amante sospechoso.... ¿Que extraño ruido la sobresalta ? la puerta de su cuarto ha sido abierta.... una figura fantástica se ha precipitado sobre ella con los brazos tendidos. Rosalía pierde el sentido , ni siquiera percibe el quemador contacto de la fantasma..... Recobra sus potencias y se halla sola, tendida en su lecho y con un desórden , con una mudanza incomprensible. Sintióse profundamente afectada ; no le parecia un sueño el terrible acontecimiento , porque creía verle aun ; tampoco le pareció una realidad.... que le pareció pues ?.... un horroroso misterio.....

Amaneció , y desde la ventana divisó á su señor sentado debajo de un nogal con ademan meditabundo. Le pa-

reció mas interesante que nunca y experimentaba al contemplarle una complacencia desconocida que sublimaba su amor. El suave acento con que le dirigió los buenos dias penetró en el alma de su protector, á la manera que penetra en el corazon de la vírjen solitaria el arpa del romántico. El pensativo levantó la pronta frente, y de entre sus arrugas se desprendió á la vez el inefable placer que le infundian las facciones descoloridas de su víctima, y la sorpresa inesperada con que se vió saludado por aquel ángel de candor.

Rosalía descende, é impelida por un secreto resorte sigue los pasos de su señor, que cada vez mas se interna en lo mas oculto de un caprichoso laberinto. Al fin el seductor se para, la jóven se acerca, haciendose la distraida, y al salir al encuentro de su amante, afecta un susto, queriéndole dar á entender que se creia sola en aquel sitio. Con un lenguaje de fuego declara aquel su pasion á Rosalía y la hija del sepulturero, en el parocsismo de su delirio, se decide, jura ser la amante del marido de su señora. Desde aquella hora funesta se descorrió el velo misterioso que cubriera las escenas de la noche.

Trascurrieron tres meses y Rosalía sintió en sus entrañas los movimientos de un jermen, cuyos vagos anuncios hubiesen embriagado su alma, si hubiese dormido al menos una noche en el tálamo nupcial. La consorte de su amante concibió sospechas, irritáronse sus celos; les tendió los lazos que su malicia le sujirió y positivamente cerciorada de la infidelidad de su marido, echó de su casa á la pobre camarera. Esta despedida envenenó el alma de Rosalía, porque su seductor la abandonó tambien. Protestando una ternura que nunca habia conocido, dijo que era ya tiempo de volver sus ojos sobre su consorte moribunda y de acompañarla al sepulcro con toda la fidelidad conyugal. Desesperada la infeliz, porque comprendia entonces toda la estension de su desvío, se fué á entregar á la

merced de una secsajenaria que habia sido su madrina. Desventurada!!! ni siquiera tuvo valor para volver á la casa de su padre. La buena anciana, celosa del honor de su ahijada, la acogió y le buscó una curandera que debia facilitarle un medio de poner á cubierto su vacilante reputacion. Cuantos brebajes inventó la charlatanería para allanar obstáculos al crimen, fueron adoptados con igual fé y ansiedad; mas todos fueron infructuosos. Rosalía se vió mas de una vez tentada al suicidio.

Gastados al fin todos los resortes, la desventurada jóven se sintió mala. Atormentábanla ciertos dolores desconocidos; un terror pánico se apoderó de ella, lloraba á lágrima viva, sus facciones encendidas y brillantes se alteraron profundamente y en breve una infinidad de síntomas espantosos anunciaron la procsimidad de un alumbramiento precoz y peligroso. Lanzóse la pobre anciana por las calles, en busca del facultativo; le alcanza, le pinta con precipitacion y desórden el alarmante estado de su acojida y mientras le acompaña, le refiere la triste historia de sus desgracias. Llegan, entran apresurados en el cuarto; mas..... ya era tarde!!! Rosalía acababa de dar á luz un enjendo de cinco meses y apenas el mundo habia recibido esta prueba incontrastable de su desliz, tres movimientos convulsivos que desfiguraron su rostro térreo, y sus tétricas pupilas ocultas detras de sus párpados medio cerrados, indicaron que su espíritu voló con el del pedazo de sus entrañas.....

.....
 — En esta huesa? dijo Bernardo á su compañero.

— Como tu quieras; asi como asi, el muerto no se ha de quejar.... abajo!

— Aguarda...! veamos si el último vestido vale la pena... mis pobres hijos van cubiertos de harapos..... si por lo menos la camisa.....

Esto diciendo, con un lijero picazo levanta la tapa del atahud..... una mujer!!! Bernardo clava sus ahuecados ojos

en el rostro del cadáver ; sus miembros se convelen ; los movimientos de horror y desesperacion se cruzan en sus facciones con la espresion mas feroz y con espanto de su compañero, que echa á correr despavorido , se desploma inerte en la misma huesa que con su pico ahuecó.... El cadáver de la difunta era su hija!!!..... entre sus muslos descansaba un envoltorio ensangrentado.... eran los restos del enjendro....

P. Mata.

LA ACTRIZ.

I.

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imájen
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

(*Anjel de Saavedra.*)

Quando en villa coronada
El ingenio juvenil
Celebraba tus hechizos ,
Ecsaltaba tu decir ;
Entonces yo , ya , Matilde ,
Sentía en mi mente hervir
Mil estraños pensamientos
Que me ligaban á tí ;
Y en mis sueños sin ventura ,
En mis sueños sin fin ,
Como el que descende al justo
Anjélico serafin ;
Así tu célica imájen ,
Huyéndose de Madrid ,
Daba paz al alma mia
Trabajada del sufrir :

Que tu sabes cuanto sufre
En un prosaico país
Un alma vírjen, gastada
Del egoismo fabril ;
Y mis ojos, ay, miraron,
Cuando por mi mal nací,
Naves do jemieron negros
En vez del Guadalquivir—
Y mientras el cuerpo crecía
En gracia y talle jentil,
El alma creciendo en fuego
Se ejercitaba á sufrir ;
Y no cupiendo en el pecho
Pugnaba por dél salir
Y buscaba un cuerpo extraño
Por en él su chispa asir :
¡Ay! no produce mi cielo
Como el del Guadalquivir
Sílfides hechas de lumbre
Que me ayuden á sentir...! —
Y aburrido del prosismo
De la turba mercantil,
En un ángulo del teatro
Dejaba el pecho latir,
Y al ver marchitas mejillas
Coloridas de carmin
Y en unas bocas mugrientas
Un no sentido decir ;
Por la cadena de goces
Que me suspendiera allí,
Tan solo vieron mis ojos
Feos fantasmas salir.
Entonces ¡ ay ! palpitaba
El pobre pecho infeliz,
Y como Dumas jemía

Al no hallar á mi Schacspir (1)

II.

¡Ay! el vivir es respirar aroma
 Cuando el vivir es contemplar tus ojos,
 Cuando la dulce lágrima que asoma
 Es bálsamo de paz.

[*J. de Salas y Quiroga.*]

Yo te ví!.... y las lumbres que al cielo
 Elevé cuando triste lloraba,
 Demandando el dulzor que negaba
 Esa tierra á mi bárbaro mal,
 Bajé entonces que el alma sentida
 De una voz de secreta armonía
 El arcánjel vió en ella que envía
 El Señor al dolido mortal.

Y los ojos se abrieron

Y vieron

En la nevada faz

Dos ojos centellantes,

Chispeantes

Cual carbunclo vivaz;

Dos párpados de rosa

Alzarse,

Y la santa humildosa

Invocando al señor

Descubrir,

Dos párpados de rosa

Bajarse,

Y la mas candorosa

Estampa del amor

Trascribir;

(1) *Shakspeare*, nombre inglés, se pronuncia como está escrito arriba.

Y en boca de granada
Sentada
La imájen del sonrís,
Aroma respirando,
Curando
La llaga al infeliz.

Y esa frente espaciosa, saliente,
Tersa como un escudo bruñido,
Reveló al corazon enardido
De tu pecho el ardor celestial....
Si en la escena con voz inflamada
Dás dolor al artista y consuelo,
¿Es verdad que la subes al cielo
Y allí lee la *idea inmortal*?

¡ Ah ! quizás esa frente
Al cielo se sublima
Con lánguido mirar,
Porque estrella esplendente
Entre claras estrellas
Vé sobre sí brillar :
Y esa estrella
Que oscurece
Las del mundo superior
Es aquella
Que te inspira,
Es tu amante trovador.
Oh ! yo le veo sentado
Sobre nubes, circundado
De celeste resplandor ;
En torno dél volitean
Y en su falda juguetean
Mil anjelillos de amor ;
Y oigo el dulce sonido
De su laú estremecido
Con májica inspiracion,

Y de entonces no me admira
Tu boca cuando suspira...

Pues suspira el corazón.—

¡Ay! el alma se estremece
Cuando el alma se le ofrece

De Julian,

Porque en su frente encrespada
Mira la pena grabada

Y el afán.

Aquellas mejillas mustias
Revelan, ay, las angustias

Del vivir,

Y el ojo que incierto jira

Me destella, si me mira

El sentir....!

Una vez te miré caviloso
Con Cristian fuertemente abrazada,
Con tu diestra su izquierda enlazada
Figuraba una fúnebre cruz.....(2)
Oh felices! pensé, si el veneno
Que tragasteis no fuese finjido...
Vuestro espíritu en tinieblas sumido,
Gozaría en el mundo de luz...!

J. Llausàs.

(2) Esta imájen, que á algunos podrá parecer un lugar comun de la escuela moderna, no es tal. En la última escena de Clotilde, drama á que se refiere toda la estancia, los dos amantes se abrazaron de modo que el brazo izquierdo de Cristian, tocando la mejilla de Clotilde, y el derecho de esta suspendido del hombro opuesto de aquel, dibujaban una cruz. Pudo ser casualidad, pero el autor lo tomó de allí y no de su cérebro.—

EL VIEJO SABER.

Hubo un tiempo en que muchos hombres que nuestros padres nos señalaban con el dedo, fueron nombrados sabios. ¿Visteis tal vez acercarse al puerto una soberbia nave? Sus velas vienen hinchadas, los toldos desplegados, los gallardetes ondean; entra la ancha nave con gravedad por medio de mil ondas que se le rinden. ¿Visteis caminar un pesado carro, cuyas dobles ruedas levantan mas polvo que un huracan recio, ó subir las gradas del orgulloso Capitolio algun jeneral romano pintado al oleo? Así pasaban entre nosotros los *sabios* circuidos de sus mas dichosos admiradores, de sus clientes y protejidos; su frente se levantaba orgullosa, sus labios semi-abiertos indicaban la meditacion; tan mesurados eran sus pasos cual si debieran apuntarse en honrosa corónica.

En aquel tiempo muchos niños que abrieron sus ojos para el mundo, se encontraron juntos en su ignorancia; oyeron nombrar á los sabios y se dijeron: «Iremos á pedirles consejo.»

Vistió el niño la vestimenta que se le destinara para los *cuatro dias festivos*; lavóse las manos y el rostro cual si se preparase para unas bodas; y sin temer el aire penetrante de la mañana se encaminó muy temprano á la casa del *sabio*.

Esperó algunas horas en el portal; algunas horas en la primera sala.— Largas sombras caian sobre las paredes del aposento; sentíase el olor de la caoba; oíase el crujir de las colgaduras, y el agudo latir de un reloj magnífico. Hubiera entonces querido diferir su entrevista con el *sabio*, porque como era niño, era tímido, y aprendiera en las leyendas de la Grecia que la cortesana del rey de los Genios murió al aparecersele con todos sus rayos aquella Deidad májica: el co-

razon del niño temeroso latía apresuradamente, sentía una amargura indecible, un desaliento inmenso.

Entró por fin en el santuario del *sabio*....; escuchó los consejos y marchó. Pero ni su mente, ni su corazón habían quedado satisfechos; mas como era entusiasta procuraba disculpar al *maestro*: «Será la única vez que no haya de rramado sus tesoros de sabiduría y elocuencia! no me ha respondido bien.» En efecto, ni le había entendido la pregunta.

Reuniéronse una vez aquellos jóvenes para recordar juntos los días de la infancia que de ellos se alejaban; su aposento era pobre, las paredes grietas; las escasas sillas habían sentido la mano destructora del tiempo y la mano destructora del muchacho jugueton; sobre la mesa adornada de garabatos veíanse fútiles leyendas amorosas que encuadernaban papeles pintados de florecillas y liras. — Hablaron los jóvenes de los días de sus primeros años y llegaron al de su entrevista con el *sabio*. Distrajéronse entonces; estraviáronse sus ojos, pero uniéronse una vez.... apretaron los *niños* sus manos contra el corazón, la sonrisa de la duda brilló sobre sus labios, meneáron la cabeza negativamente y.... entendieronse.

Desde entonces quedaron destruidos los colosos del viejo saber.

M. Milá.

BOLETÍN LOCAL

Barcelona 12 de Octubre:

El patriota jeneral Serrano se ha encargado del mando de este Ejército. en la proclama que ha dirijido al pueblo ha ofrecido examinar la cuestion del *estado de sitio* y hacer lo que mas convenga á la causa de la Libertad.